

LAS PREGUNTAS SIGUEN

KAREN ARMSTRONG
ADELA CORTINA
NAOMI KLEIN
MUHAMMAD YUNUS
FACUNDO MANES

conversan con
IÑAKI GABILONDO

PAIDÓS

**KAREN ARMSTRONG
ADELA CORTINA
NAOMI KLEIN
MUHAMMAD YUNUS
FACUNDO MANES**

conversan con
Iñaki Gabilondo

LAS PREGUNTAS SIGUEN

Traducción de Ana Pedrero

PAIDÓS Contextos

1.^a edición, mayo de 2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Iñaki Gabilondo, Karen Armstrong, Adela Cortina, Muhammad Yunus y Facundo Manes, 2021

© Naomi Klein, 2021. Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Roam Agency a través de International Editors' Co.

© de la traducción, Ana Pedrero Vergé, 2021

© de todas las ediciones en castellano,

Editorial Planeta, S. A., 2021

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona, España

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3818-2

Fotocomposición: AuraDigit

Depósito legal: B. 5.333-2021

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Las preguntas siguen	9
Karen Armstrong	13
Adela Cortina	35
Naomi Klein	65
Muhammad Yunus	93
Facundo Manes	119
Publicaciones destacadas (1945-2020)	151

KAREN ARMSTRONG

**¿Religión para no creyentes?
El mensaje de la compasión**

Karen Armstrong es un referente mundial en la historia de las religiones, autora de varios libros y colaboradora en varios medios de comunicación, entre otros *The Guardian*. Después de graduarse en la Universidad de Oxford ha dedicado gran parte de su vida a estudiar las religiones desde un punto de vista histórico y a enseñar literatura en la Universidad de Londres y en un colegio público. Miembro honorario de la Association of Muslim Social Scientists, su trabajo se ha traducido a cuarenta idiomas, y ha colaborado en tres documentales para la televisión.

Desde 2005, Armstrong es miembro del Grupo de Alto Nivel de la Alianza de Civilizaciones, una iniciativa de la ONU para promover el compromiso de la comunidad internacional con el fin de tender puentes sobre la brecha abierta entre la sociedad islámica y la occidental. En 2017 fue Premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales.

Entre sus múltiples títulos destacan *Doce pasos hacia una vida compasiva*, *El arte perdido de las Escri-*

turas, La gran transformación, Historia de Jerusalén, Una historia de Dios, Campos de sangre, En defensa de Dios y La gran transformación, todos ellos publicados por Paidós.

IÑAKI GABILONDO: Saludamos a Karen Armstrong, premio Princesa de Asturias de las Ciencias Sociales en 2017 y miembro del Grupo de Alto Nivel de la Alianza de Civilizaciones de la ONU. Es, además, autora de más de veinticinco libros sobre la historia de las religiones y la fe, el último de ellos *El arte perdido de las Escrituras*,¹ donde estudia de una forma profunda, absoluta, las Sagradas Escrituras. ¿Cuál es el recorrido que la lleva a usted a esta actividad?

KAREN ARMSTRONG: Crecí como católica romana y en mis tiempos las Escrituras no se leían demasiado. Se trataba sobre todo de una práctica ritual, puesto que era en misa donde desarrollábamos esa espiritualidad. Las leíamos un poco, pero con menos énfasis que en el mundo protestante, por ejemplo. Llevo veinte años estudiando las religiones del mundo, pero esa jamás fue mi intención: yo quería ser profesora de Literatura Inglesa. De joven fui monja, y tras una serie de catástrofes profesionales, me di cuenta de que, cada vez que trataba de apartarme de la religión para dedicarme a otra cosa, fracasaba. Me enfrenté a un fracaso tras otro hasta que, finalmente, me encontré haciendo lo que parece ser mi cometido: el estudio de la religión. He analizado con gran

1. Barcelona, Paidós, 2020.

intensidad las Escrituras budistas, chinas, hindúes, así como el Corán y, naturalmente, la Biblia. Partí de la idea de que las Escrituras no estaban hechas para ser leídas, sino escuchadas, porque desde siempre fueron orales. El Corán pide ser recitado, nadie se sienta a leerlo como un texto. Es como escuchar a un cantante famoso. Los cantos, la música y su naturaleza ritual dan sentido a las Escrituras, porque en lugar de limitarte a escucharlas con la cabeza, las escuchas con el cuerpo entero. Las personas reaccionamos de una forma muy profunda a la música; en cuanto oímos música, el cuerpo empieza a moverse en ciertas direcciones. Partiendo de esa idea, empecé a descubrir una serie de puntos que todas las Escrituras tienen en común. Comencé a escribir este libro con una idea, pero, inevitablemente, me condujo a unas conclusiones distintas.

Menciona usted en su libro que la primera palabra que Dios transmite a Mahoma es justamente *iqrah*, «recita». Y estaba pensando lo que ocurre en las *Confesiones* de san Agustín, cuando este nos cuenta lo impresionado que se quedó al ver a un monje, que luego resultó ser Ambrosio, que estaba leyendo, porque no era costumbre que nadie leyera en soledad. Estos textos eran para ser recitados, compartidos e interpretados de una manera social, colectiva.

Es una historia muy bonita. Cuando Agustín ve a Ambrosio leyendo las Escrituras, ve cómo forma las palabras con los labios, cómo lee en silencio. Es uno de esos momentos cruciales en los que te das cuenta de lo distin-

ta que es nuestra forma de acercarnos a las Escrituras hoy, de lo mucho que nos concentramos en el texto de una manera muy cerebral, sin ninguno de los rituales que tienen que ver con el cuerpo, con la música, con interpretar un papel, con los gestos. Cuando uno escucha el Corán, lo común es empezar postrándose. Los musulmanes cuando oran tocan el suelo con la frente, y con esta acción corporal aprenden a someterse a un nivel mucho más profundo que el racional —la palabra *islam* significa someterse completamente a la divinidad—, un concepto que se aprende repitiendo este gesto varias veces al día. Y ante la llamada a la oración, el musulmán debe saber en qué dirección se encuentra La Meca. Está donde esté, deja lo que está haciendo y se orienta a La Meca; por eso muchos llevan una pequeña brújula consigo, para saber exactamente hacia dónde deben mirar. Por mucho que, desde el punto de vista racional, esta acción pueda parecer extraña o supersticiosa, lo que significa es que se están orientando constantemente en la dirección de la divinidad. Y es que el cuerpo nos envía toda una serie de mensajes que la mente no asimila. He leído mucho sobre neurología moderna y he aprendido que, en parte, ello se debe a que en el mundo de hoy tenemos el hemisferio derecho del cerebro bastante abandonado. Preferimos el hemisferio izquierdo, que es muy útil para las matemáticas, la ciencia y el raciocinio, pero los neurólogos nos dicen que necesitamos ambos. Primero, la información penetra nuestro cerebro por el hemisferio derecho, ya que este ve el mundo de una forma mucho más holística y percibe las conexiones entre las cosas. Con el hemisferio derecho escuchamos la poesía

y la música, nos abrimos al arte. También es donde se encuentra la compasión y donde sentimos la conexión con otras personas, con otros objetos, con otros seres. Pero necesitamos los dos hemisferios, ya que no podemos vivir en esta especie de nube. Entonces, la información llega al hemisferio izquierdo, y ahí es donde la analizamos, descubrimos qué significa para nosotros, y luego vuelve al derecho para que veamos estas dos dimensiones. Pero hoy, en el mundo moderno, nos hemos centrado mucho en la racionalidad, en las matemáticas, en la ciencia, y es cierto que todo ello ha aportado avances maravillosos al mundo. Fíjese en el desarrollo de la medicina, por ejemplo, que no habría sido posible de no ser por el empeño científico de Occidente. Pero, por otro lado, nos ha dificultado conectar con la religión. En estos momentos estoy escribiendo otro libro, y estoy descubriendo lo distinta que es la idea de Dios en el mundo moderno respecto a cómo fue en el pasado, en el mundo cristiano, y qué significan la divinidad y lo sagrado en otras tradiciones que tienen una visión del mundo mucho más filtrada por el hemisferio derecho. Una visión en la que Dios no está encerrado en los cielos, sino que se encuentra en todas partes. Tomás de Aquino lo explica con total claridad. Cien años después, llega Descartes y dice que el mundo está vacío de Dios. Que Dios creó el mundo, lo organizó todo perfectamente, científicamente, y cuando hubo terminado, se retiró a los cielos y ahora estamos solos. Ninguna otra religión comparte esta idea de un Dios distante. Los jesuitas fueron a China en el siglo XVII; muchos de ellos eran grandes científicos, incluso algunos, en Gran Bretaña, formaban parte de la Real Sociedad

para el Avance de la Ciencia de Londres. Bien, llevaron los avances científicos logrados hasta entonces en Occidente a los literatos chinos, y los confucianos se quedaron maravillados con los descubrimientos de Galileo y Copérnico que tanto revuelo habían causado en Europa. Uno de ellos escribió: «Su ciencia es muy interesante, pero ¡ay, cuando hablan de lo que llaman las “realidades seminales”, las realidades últimas, sobre un Dios que parece confinado a una pequeña parcela del universo, en el cielo que ha creado! Es absurdo, no comprenden el significado de sus palabras». En Occidente desarrollamos una visión de Dios que lo exilia a los cielos. En Gran Bretaña tenemos un himno muy famoso que dice: «Dios, inmortal, invisible, sabio. En la luz inaccesible, oculto a todos los ojos». Sentimos a Dios muy lejano, mientras que, en todas las demás tradiciones, Dios está totalmente integrado en el mundo natural: Dios está en cada árbol, en cada corriente de aire, en cada brizna de hierba. Esto está secularizando el mundo y nos está privando de una visión sagrada de este. Hemos tratado el mundo como si fuera una mercancía, lo que ha provocado los espeluznantes desastres medioambientales de los que ya somos testigos. Tenemos la idea de que Dios es lejano y de que las Escrituras nos proporcionan información sobre Dios; las leemos y nos empapamos de información. Recordemos el tercer capítulo del Génesis, en el que Adán peca cuando Dios le ha dicho que domine la Tierra, que la cuide y que sea su amo. Pues bien, hay ecologistas que afirman que ahí está el problema, que todo parte de las Escrituras, ya que en ellas se dice que los humanos somos los amos del universo, ¡y mira lo que hemos hecho con

él! Pero antiguamente las Escrituras no se leían así. Si consideramos el libro del Génesis en su conjunto, se empieza con la idea de que Dios es todopoderoso y magnánimo, que bendice todo lo que ha hecho y lo considera bueno, que es absolutamente imparcial y justo, y que ejerce un control total sobre la Creación. Pero el resto del libro del Génesis socava esta idea. Al final del tercer capítulo del Génesis, la Creación ya se escapa del control de Dios. Los humanos hacen lo que quieren, aquel Dios tan magnánimo, que no tenía favoritos, ya demuestra una predilección monstruosa al escoger constantemente, sin razón aparente: Caín en vez de Abel, Jacob en vez de Esaú. Puede que Esaú no fuera la persona más inteligente del mundo, pero Jacob también podía ser tremendamente difícil. El Creador magnánimo que todo lo bendice se convierte en un cruel destructor al mandar las inundaciones, acabando así con casi toda la humanidad en un momento de mal genio. Hacia el final del Génesis, el Dios que siempre estaba presente y bajaba a la Tierra y decía a todos qué debían hacer ha desaparecido de escena. Y José y sus hermanos no tienen otro remedio que basarse en sus propios sueños e ideas, igual que hacemos hoy nosotros. Al final del Génesis, uno ya no sabe qué es Dios: eso es la teología. En cuanto aceptamos que no sabemos qué es Dios, que no lo comprendemos, que no encaja con nuestras categorías, empezamos a tener una idea de lo sagrado.

Como acaba de hacer ahora, usted señala en su libro que este olvido por parte del mundo occidental de ese otro

hemisferio de nuestro cerebro nos ha permitido avanzar muchísimo, pero que, al mismo tiempo, tiene algo de amputación, mientras que en el resto del mundo las religiones están viviéndose con una sensación mucho más vinculada al texto de las Escrituras. A medida que realizamos nuevos descubrimientos, vamos abriendo también el mundo a nuevos secretos o misterios. Las respuestas siguen estando ahí. Esto que está haciendo el mundo occidental —alejar la idea de Dios por completo, separarla e incorporarla a las creencias individuales— le parece a usted una amputación, no lo considera un paso adelante, sino un paso atrás...

Sí, así es. En Gran Bretaña no somos religiosos en absoluto, tan solo el 10 % de la población asiste a un servicio religioso regularmente, y la mayoría es musulmana. Es uno de los peores mercados para mis libros, incluso mis mejores amigos no los leen, creen que estoy loca por escribir sobre algo que ha quedado desacreditado. Pero como usted dice, en el resto del mundo, e incluso en Estados Unidos, un país fundado por la Ilustración, la gente es mucho más religiosa que en Europa. La mayor parte del resto del mundo es religiosa, y a pesar de que en estos lugares la ciencia occidental —la medicina, los avances tecnológicos...— ha sido muy apreciada, y por muy buenas razones, no han abandonado sus creencias antiguas y más tradicionales en cuanto a la omnipresencia de lo sagrado, de que Dios está en cada brizna de hierba. El Corán, por ejemplo, es mucho más cercano al mundo natural y lo valora mucho más que la Biblia. En el Corán, el mundo natural es una fuente importantísima de revelación, los signos de la naturaleza se conocen como

ayad, y deben verse desde el hemisferio derecho del cerebro para apreciar lo maravillosos que son en su conjunto. En algunas partes del mundo musulmán, como en Arabia Saudí, encontramos una versión del islam muy expurgada. Pero si vas a Pakistán, la gente anhela oír hablar de Dios. El silencio que se instala cuando se habla de Dios con pakistaníes de apariencia muy secular, cómo se les llenan los ojos de lágrimas, es sobrecogedor. Incluso en China, las ideas confucianas están sumamente integradas en la mentalidad popular, a pesar de los recientes regímenes comunistas seculares. En Occidente vamos a la zaga a este respecto; y considero que necesitamos una dimensión religiosa, porque la religión nos enseña. Y su enseñanza más importante es que debemos respetar a todas las personas, sean quienes sean: «Ama a tu enemigo», dice Jesús. «Acércate a todas las tribus y naciones», dice el Corán. Y en la India, cuando dos personas se saludan, se cogen de las manos y hacen una reverencia para reconocer lo que hay de sagrado en el otro. Nosotros hemos perdido todo eso e, igual que hemos utilizado la naturaleza como si se tratara de una mercancía, provocando catástrofes medioambientales, hemos utilizado a las personas como un recurso. Fíjese en Estados Unidos, que se construyó sobre los ideales seculares de la Ilustración y de la racionalidad y, aun así, cometió el crimen de la esclavitud, una esclavitud de escala industrial, y no ha sido hasta ahora, con el movimiento Black Lives Matter, cuando hemos empezado a ver el dolor que han padecido todo este tiempo. Thomas Jefferson, considerado la personificación de la Ilustración, dijo a sus oficiales que los nativos americanos debían ser llevados al otro lado

del Misisipi para que vivieran con las bestias salvajes. Ahora, con la pandemia, no se han mandado materiales médicos ni ningún tipo de ayuda a las comunidades navajas, a las comunidades tribales e indígenas de Estados Unidos, las cuales están sufriendo una gran desolación y cuyos índices de suicidio entre los jóvenes son elevadísimos. Nosotros podemos hablar tanto como queramos sobre igualdad, libertad y racionalidad, pero lo que nos enseñan las religiones es que los seres humanos, así como el mundo natural, encarnan lo divino. Que Dios está en el ser humano, que lo sagrado está en el ser humano, y en todas las religiones es fundamental seguir la regla de oro: jamás trates a los demás como no quieras que te traten a ti.

Un aspecto destacadísimo de las Escrituras es este que usted señala, que todas ellas, lo mismo las del Libro —las de los hijos de Abraham: el islamismo, el judaísmo y el cristianismo—, que las de la India o China, etcétera, tienen un denominador común: la empatía, la misericordia, el respeto por la vida de los demás, la justicia social. Es un rasgo muy interesante. Señala usted que todos y cada uno de los libros, sean cuales sean, y escritos en cualquier lugar, todos tienen ese denominador común, ese rasgo de solidaridad, de piedad, de justicia social.

Efectivamente. Y esto nos lleva de vuelta al principio, a las Escrituras más antiguas. Todas contienen lo que llamamos la «regla de oro». El primero en escribir sobre ella fue Confucio, en el siglo VI a. C., al preguntarse cuál es el «hilo único» que atraviesa toda enseñanza. Y con-

testó con el término chino *ren*, que podría traducirse como «humanidad». Y postula: «No impongas a los demás aquello que no deseas para ti». Esta actitud debía aplicarse también en la sociedad aristócrata china a los campesinos, al pueblo llano: debían tratarlos como si estuvieran ante un invitado ilustre. También lo vemos en la Biblia. Al gran rabino Hilel le pidieron que resumiera todas las enseñanzas judías mientras se sostenía sobre una sola pierna. Subió una pierna y dijo: «Lo que te resulte detestable, no se lo hagas al prójimo. Eso es la Torá, todo lo demás son apostillas». Todo lo demás que se dice en la Torá es un añadido al elemento esencial del respeto absoluto que debe profesarse a los demás seres humanos. En la tradición hindú se dice que lo divino, que se extiende a toda la humanidad, también está presente en el corazón de todas y cada una de las personas, y por eso hacen la reverencia que mencionaba antes al saludarse. Y Jesús todavía fue más allá al decirnos que debemos amar a nuestros enemigos. La palabra que probablemente utilizó es *hesed*, que significa «compasión, misericordia». A menos que empecemos a tratar a nuestros supuestos enemigos con el respeto que deseamos para nosotros mismos, el mundo no será un lugar viable. Desconozco cuál es la situación en España, pero en Gran Bretaña, durante la pandemia, la retórica que hemos visto en la prensa ha sido enormemente agresiva, se ha atacado a unos y a otros, también a instituciones, con un lenguaje terrible. Colaboro estrechamente con el Museo Británico de Londres, y ahora se habla mucho de restitución. Es un asunto complejo, pero los ataques que han recibido el museo y su director han sido estremecedores.